

sola persona. Si todo el universo hubiese reconocido esta Trinidad de que acabo de hablar y que está compuesta de Dios, el pan y el labrador, sin duda ninguna se hubiera admitido que estas tres personas están contenidas en Dios.

XXIV. Y ahora, lectores, ¿qué pensáis que sucedería si todos los labradores comprendiesen mis palabras? No volarían más allá de las nubes, no se apresurarían por acudir corriendo á otros trabajos y otras virtudes. ¡Con el trabajo de la tierra se enriquecerían ellos mismos y además os cubrirían de oro, ¡oh ricos! No ignoráis que todos vuestros goces dependen de nuestro trabajo: sin él no podríais ser felices. Pero ¿qué hacer para retener á todos estos hombres en el trabajo de la tierra? Imposible hacer que

permanezcan. ¡Ah, condoleos, hasta deplorad el infortunio de ese labrador que siembra buena semilla en un suelo estéril y no recolecta nada! Yo soy ese labrador que siembra; la buena semilla es el primer mandamiento de Dios, con sus consecuencias; el suelo estéril son vuestros corazones que, en el seno de las comodidades de este mundo, se apartan con desvío del trabajo que Dios nos ha impuesto á todos.

XXV. Vuelvo una vez más á lo que decía poco hace. Si Dios está presente sobre todo en el pan y en el labrador, paréceme puesto en razón reverenciar al pan como verdadero Dios y honrar al labrador como la más preciosa de las criaturas del cielo y de la tierra. (No hablo de mí, pues siendo ya viejo, nada me importan vuestros hono-

res.) ¡Hoy, el precio del pan se fija en un *rublo*, cuarenta *kopeks* por *pod*, mientras que su valor no puede señalarlo el espíritu humano! Repito que no se debiera vender, sino en casos extraordinarios darlo gratis. El pan se estima en un *rublo* cuarenta *kopeks*, y el labrador se estima menos caro todavía. Es un cero. Y, sin embargo, es una de las tres personas de esa Trinidad indivisible que nos salva de la muerte.

XXVI. Convengo en que Dios podría alimentar al hombre sin tener necesidad del pan y del labrador; mas para eso se vería obligado á cambiar toda la marcha del mundo, y retirar la palabra que pronunció al crear el cielo y la tierra: «Que el cielo y la tierra sean.» Sería menester que destruyese todo esto, para que sus leyes no tuviesen

ya valor. Pero ¿para quién sería preciso cambiar la marcha del mundo? ¿Para los gandules! No, no, lo repito: Dios, el pan y el labrador, son la verdadera Trinidad indivisible que nos salva de la muerte.

XXVII. A mí me toca preguntar si una cosa es útil ó inútil para el bien común; y á vosotros, responderme ó no responderme.—Pregunto, pues: ¿Por qué al labrador que come el pan de su trabajo é impide morir de hambre á los demás hombres y á los animales, por qué, desconociendo la grandeza de sus méritos, se le trata de imbécil, idiota, necio, etc.? Somos necios, convengo en ello, necios en toda la extensión de la palabra. Pero, atended. Cuanto más se instruye, más progresos se hacen; pero no se puede alcanzar el límite del progreso,

la perfección. Mientras dura su vida, el hombre no alcanza el término de la ciencia; sólo después de su muerte alcanza de una vez la perfección.

XXVIII. Aparte de eso, cuanto más instruído se es, mejor se advierten sus defectos intelectuales. Pues que vosotros rebajáis á más y mejor á ese hombre que se alimenta con su trabajo y alimenta al mismo tiempo á sus semejantes, así como á los animales, ¿cómo llamaríais á quien, lejos de alimentar á los otros, vive por holgazanería del trabajo ajeno, y lo que es peor, chupa la sangre á los pobres para tener dinero? ¿Cómo le llamaríais? ¿Un bandido? No; un bandido cae bajo los rigores de la ley, mientras que éste es estimado y elevado á las supremas jerarquías. Vosotros nos

habéis dado todos los epítetos denigrantes. ¿Cuál es, pues, el que se aplicará al gandul? Pero, ¿de qué sirve interrogaros? Una piedra me contestaría; pero vosotros, lectores, ¿no!

XXIX. Si llega á haber escasez general durante un solo año en Rusia, todo el mundo morirá de hambre. Pero ¿dónde está el trigo sobrante de los años anteriores y que los «imbéciles» habían reunido?—Se lo comieron las personas inteligentes—meresponderán.—¿Es creíble que un hombre inteligente se haya atrevido á cometer tal crimen! Comerles á los ignorantes su pan, pisotear el amor del prójimo y el mandamiento primitivo: ved lo que es casi increíble.

XXX. El amor al pan es la inclinación más fuerte del hombre; y,

sin embargo, lo que más desdeña es el trabajo del pan. Actualmente hay en Rusia millones de niños á quienes se les enseña á leer, con el fin de que puedan eximirse de ese trabajo y comer por nada el pan, es decir, montarse en los pobres labradores. Si no fuese tal su intención, no consentirían nunca en instruirse y sus padres no les enviarían á la escuela. ¡Querer vivir trabajando, sería un crimen, un suicidio! Así, pues, no trabajará; esta condición es demasiado vergonzosa.

¿De dónde proviene ese estado de cosas? De que la ley divina «Con el sudor de tu frente, amasa tu pan», no se les ha explicado á las almas jóvenes é inteligentes, y de que no se le ha dado cabida en los libros de ciencia. Porque por este

medio hubieran comprendido desde su juventud los hombres, que es preciso esforzarse en comer el pan del trabajo propio y vivir honradamente.

XXXI. No se habla del trabajo, la virtud de las virtudes, ni en las cartillas para leer, ni en los libros de honda ciencia. Los maestros no aluden nunca á él, porque también ellos viven en la molicie. De modo que el niño no puede aprender nada bueno en las escuelas. Será semejante á las vasijas de barro, que conservan siempre el olor del primer líquido que han contenido. ¡Cuántos ejemplos lo prueban! Cuentan los historiadores que el emperador romano Calígula, era tan cruel que, no contento con quitar la vida á los que le disgustaban, bebía la sangre de sus víctimas. La hija de

Darío no encontraba manjar más exquisito que la serpiente. ¿Cómo explicar estos hechos? Calígula había sido educado por una mujer cruel; la hija de Darío tuvo una nodriza para quien el mejor plato era la carne de serpiente.

XXXII. Los teólogos pretenden que Dios ofrece la leche de la sabiduría como alimento al niño, y que el diablo le ofrece la leche de la impiedad. Si por falta de sus padres bebe el niño la leche del diablo, en lo sucesivo no puede gustarle ningún otro alimento; así como Calígula apetecía la sangre, ó la hija de Darío las serpientes, así también sólo le gustan los manjares del diablo.

Entonces, ¿qué pueden esperar los labradores? Tenemos que esperar siempre los más pésimos re-

sultados. Pero si todos los hombres aprenden á leer y á escribir, ¿quién los alimentará? Este es un problema importantísimo, que nadie quiere resolver.

XXXIII. Ruégoos, lectores, que no olvidéis que yo (1) os hablo humildemente, con la cabeza baja y aire triste, de pie, en el quicio de la puerta. Pero vosotros ocupáis el sitio de honor en la mesa donde se sirven los productos de nuestro trabajo. ¿No queréis responder nada? ¿Por qué, si no es porque veis claro que desde todos los puntos de vista sois culpables ante Dios, ante los hombres y ante vosotros mismos, es decir, ante vuestra conciencia?

(1) Entiendo por *Yo* toda nuestra clase, hombres, mujeres, niños y viejos. No hablo en mi nombre personal, sino en nombre de todos mis compañeros.—(N. DEL A.)

Si tratáis de justificaros, caeríais aún más hondo en el pecado; si trataseis de contradecirme, vuestra terquedad será un atentado no contra mí, sino contra Dios, contra el pan y contra vuestra conciencia.

XXXIV. Ahora veis, altas clases, que el labrador es vuestro segundo padre; y hasta, sin temor de pecar, puede afirmarse que es vuestro primer padre. Acordaos de que todos los manjares que coméis en la mesa, son productos de nuestro trabajo. En resumen: os alimentamos, como un padre alimenta á sus hijos.

Nada hay más contrario á la ley que vuestra excusa al decir: «Yo pago el pan.» Pero ¿dónde habéis cogido el dinero? Ese dinero que tenéis guardado en vuestra casa, ¿no es el fruto de nuestro trabajo?

No podréis conseguir de nosotros el perdón, si no consentís con toda vuestra alma en comer el pan de vuestro trabajo. Imposible—responderéis otra vez:—¿cómo podrían dedicarse todos los hombres al mismo trabajo?

XXXV. La ley del trabajo es incomprensible si se compara con el amor, porque la palabra *amor* basta por sí sola para explicar todos sus misterios, al paso que se necesitan explicaciones numerosas para aclarar el sentido de la ley primitiva. Llevo escritos ya cerca de trescientos artículos (1) para comentarla, y dudo haber podido persua-

(1) *El Trabajo, según la Biblia*, contenía, en efecto, doscientos sesenta y tres artículos ó párrafos. Hemos modificado su numeración, y el texto íntegro de Bondareff ya no comprende más que ciento setenta y tres párrafos.

dir por completo á mis lectores acerca de la necesidad del trabajo. En efecto: ¡cómo presentar en pocas palabras todos los misterios de la virtud inherente á la ley dada por Dios al crear el cielo y la tierra! Además, la mayor de las plagas, el obstáculo que quita á esta ley toda su fuerza, es el dinero. El dinero es quien hace á los hombres ciegos é insensatos. Oídlos responder sencillamente: «Yo pago el pan, yo pago el pan.» Tal es su única respuesta. ¿Es posible así discutir con ellos?

XXXVI. Ya es tiempo de concluir mi discurso, ó mas bien mi sermón.

A la hora en que escribo, el gobierno no ha pensado aún en la ley del trabajo. No ha explicado su fuerza por ningún rescripto: no ha

predicado á sus súbditos el amor al trabajo, á pesar de las apremiantes instancias que le he dirigido y de las cuales no hace ningún caso. ¡Cuánto me conduelo de su ceguera! Dios es testigo de que no miento. El individuo es perdonable si ignora ciertas cosas; pero ¿es admisible que el gobierno oculte á los ojos del pueblo la mayor felicidad que hay así en el cielo como en la tierra? Nunca lo creería.

XXXVII. Acabo de saber ahora mismo que la censura no quiere permitir que se publique mi sermón. ¿Por qué? 1.º, porque la autoridad administrativa tiene también á empeño eximirse ella misma del trabajo del pan; 2.º, porque nos odian, á nosotros que los alimentamos. «¡Que sufran hambre y frío esos sesenta millones de labradores, con

tal de que nosotros y nuestros iguales estemos satisfechos!» Y si les habláis del amor al prójimo, os contestarán con la filantropía: ¡siempre palabras, jamás obras!

XXXVIII. Hace ya cinco años que existe el estado de cosas de que hablo. Ante uno de vosotros (1) somos todos como abejarucos delante de un águila!

Con una sola palabra, de una sola plumada puede aplastarnos; y de veras que nos ha aplastado, aniquilado. ¡Cuántos millones de hombres ha oprimido! Decía un poco atrás que, gracias al gobierno, florecerá la pereza y crecerá en todas partes; el trabajo y el pan serán

(1) Evidente alusión al Tzar. Es de advertir que á veces Bondareff habla del Tzar sin nombrarlo claramente, como al fin del párrafo 173.

vilipendiados y escarnecidos. Así es. ¡Ya veis cuánta verdad hay en mis predicciones, y cuánta exactitud en mis palabras.

XXXIX. La sangre y las lágrimas de los hombres han dado testimonio de la verdad de todas las leyes, de todos los preceptos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Pero nadie ha derramado nunca una gota de sangre ni una lágrima en favor del mandato primitivo, que es el principio de todos los demás y del amor al prójimo; nadie ha dado testimonio de su verdad. Por eso le han conceptuado siempre falso; por eso nadie lo reconoce en el universo; por eso lo rechazan con ira, como acaba de probarlo la censura. ¡Lo afirmó Jesucristo con su muerte! No; dijo en el Evangelio: «Mirad las aves del cielo, etc.» Esto de-

muestra que también Jesús, como los demás, rechazó la ley del trabajo, porque desde su infancia no vió en ella ninguna virtud y hasta la consideraba como el mayor de los infortunios.

XL. Por todo lo precedente se ve que el cielo me ha señalado para atestiguar la verdad de esta ley, y sellarla con mi sangre y con mis lágrimas. La sangre se me seca al ver el espectáculo de la corrupción del mundo; en cuanto á las lágrimas, no caen de mis ojos (mi constitución demasiado fuerte me impide llorar), pero caen de mi corazón.

XLI. Pregúntome á mí mismo por qué desarrollo con tanto ardor el sentido del mandamiento primitivo, en medio de los cuidados y del tráfigo que rodean á un campesino como yo. ¿Me agradecerá el mundo

las penas que paso? ¿Recibiré por mi descubrimiento, que interesa al mundo entero, una recompensa análoga á las que se otorgan á los inventores de fruslerías? Es inútil ni aun pensarlo. Mi mayor recompensa consistirá en evitar el castigo, porque estos son vivos ataques. Pero ¿contra quién se dirigen? Meditad esta importante cuestión. ¿Por qué habían de inquietarme las amenazas, cuando siento una mano invisible y misteriosa que me impele á obrar como lo hago, y á decir verdad, trabajo á pesar mío?

XLII. En otro tiempo tenía alguna esperanza de obtener en la vida futura una recompensa de Dios por esta obra, aunque no la he hecho de buen grado. Y he aquí que ahora hombres instruidísimos, conocedores del fin que persigo, me dicen:

«No has trabajado por amor al prójimo, sino por amor á ti mismo. Pues bien; amar al prójimo y al mismo tiempo amarse á sí propio, es ofender á Dios y odiar al prójimo.» Sus argumentos me parecen ser la pura y simple verdad. ¡Diríase que Dios mismo se los ha inspirado!

XLIII. No veo más que un medio para eludir todas estas dificultades: si se divide mi obra en diez partes y sólo se me tiene en cuenta la décima parte, con eso me bastará. Si hasta ese beneficio me quitasen, no quedaría lesionado; porque, estoy convencido de ello, no tendré necesidad en la vida de ultratumba de ser juzgado por Dios. Mi juez será mi conciencia; y no me atormentará con remordimientos, porque siempre me he afanado por practicar el bien. Pero sin embargo,

si hay casos dudosos, me remito acerca de ellos á la apreciación de Dios.

XLIV. Quizá deseen conocer mis lectores los pesares que me han consumido la sangre. Son estos:

1.º No tengo costumbre de escribir, como podéis verlo por mi estilo. Me he visto obligado á redactar muchas veces un mismo artículo. Por esto puede juzgarse la tarea que he tenido.

2.º He compuesto esta obra en medio de los penosos trabajos del campo; voy á las tierras por el día, y de noche escribo con sumas dificultades, porque aun con anteojos, veo muy mal.

3.º Si fuese rico, hubiera tenido colaboradores, preceptores, consejeros. Pero, aunque no soy enteramente pobre, mis bienes son muy

modestos. Por eso he sido mal acogido siempre que he hablado de mi proyecto.

4.º ¿Mi familia es numerosa? En otros términos: ¿cuántas personas que trabajen hay en mi casa? Somos siete: yo, mi mujer, mi hijo mayor y su mujer, y tres niños pequeños. Distamos mucho de hallarnos todos en estado de trabajar.

Nuestra fortuna no nos permite tomar obreros; y además, como acabo de demostrarlo, no se debe comer nunca el pan producido por el trabajo ajeno.

5.º Desde hace ya cuatro años (estamos en Diciembre de 1886) dirijo instancias al gobierno, en las cuales manifiesto todo lo que tengo en mi magín. He pedido permiso para publicar mi sermón. ¿Qué ha resultado? Parece que me he di-

rigido, por decirlo así, á ciegos y sordos: no me han contestado. ¡Si á lo menos me dijeran *Sí ó No!*

6.º Finalmente, lo que por encima de todo me consume la sangre es que sesenta millones de rusos padecen miseria é ignorancia porque les ocultan la ley del trabajo. ¿Por qué? Para que algunos puedan vivir con grandes comodidades, en la holganza, y disfrutar todos los goces terrenales, que por pudor no puedo enumerar delante de personas honradas.

¿He expuesto todos mis pesares, todas las contrariedades, todos los males, todas las fatigas que sufro? No; porque me es imposible decirlo todo.

XLV.—Nada hay más verdadero: el cielo me había designado para sellar con mi sangre y bañar con

mis lágrimas la verdad que predico. La he sellado con mi sangre, la he bañado con mis lágrimas. Quizá después de mi muerte florezca el mandamiento que proclamo. No; no puedo creer que suceda de otro modo. ¿Cuál es el obstáculo que podría atravesarse en su camino? He dicho la verdad: mi profecía no se desvanecerá sin dejar huellas. ¿Acaso trato de adquirir gloria? ¡No! Soy viejo; ¿de que me servirá la gloria? Hoy ó mañana bajaré al oscuro sepulcro, donde ya no se me aparecerá la luz del sol. De modo que ¿para qué buscar la gloria?

XLVI. Concluida está ahora mi tarea. He sacado la ley primitiva del infierno, donde la habían arrojado los hombres desde el comienzo de los siglos. La he regado con mis lágrimas y sellado con mi

sangre, como acabo de decirlo; y la he puesto en manos del gobierno, ó mejor dicho, en manos del hombre más poderoso del mundo; se la he entregado al Tzar de los Tzares, al Monarca de los Monarcas, al Rey de los Reyes, al Emperador.

Suceda lo que quiera. He cumplido mi deber. ¡A ti, oh Tzar, te toca resolver según tu poderío y conforme á tu voluntad!